

Santiago Marín Vicuña

En Wáshington

(Páginas del libro «*Por los Estados Unidos*», próximo a publicarse).



¡SATISFECHA nuestra curiosidad en las monumentales obras del Canal de Panamá y poblaciones adyacentes, el 26 de Mayo, en una noche excepcionalmente oscura y tenebrosa, El Santa Ana abandonó el muelle de Cristóbal y atravesando la bahía Limón, puso proa a la mar libre, continuando con ello nuestra monótona vida de abordó, sin otras variantes que algunas horas de música y canto, con que solía regalarnos la atrayente señora de Wilcom.

Y así se pasaron cinco días, en los cuales, contrariando las negras predicciones del Capitán, fuimos favorecidos por un tiempo excepcionalmente favorable.

La comida víspera de nuestra llegada a Nueva York fué de gran animación, casi de fiesta, pues la oficialidad quiso despedirnos con carnavalesco entusiasmo y al día siguiente, antes de amanecer, ya estábamos muchos en pie, esperando en la cubierta la visión fantástica del gran puerto, que debía presidir el faro luminoso de la Libertad, espaldeado por los imponentes rasca-cielos.

Pero la naturaleza, como nos había acontecido dos años atrás en Río Janeiro, vino a truncar tantas expectativas, interponiendo entre el barco y la ciudad una neblina tan densa e infranqueable, que hubimos de deslizarnos casi a tientas por el East-River, para atracar quedamente al dock de desembarco. Sólo a esa hora, razgándose a medias la niebla, apareció en el horizonte un sol rojizo y tibio, que simulaba una hostia de ascua surgiendo de las tenebrosidades del mar.

Bajamos de prisa a las Oficinas del Resguardo y desde ahí, amablemente conducidos por el Dr. John, Secretario General de la Highway Educational Board, nos trasladamos a la monumental estación ferroviaria de Pennsylvania, para tomar el expreso que debía conducirnos a Wáshigton, vía Philadelphia y Baltimore, donde nos esperaba un ceremonial de toda novedad e interés: Ser recibidos oficialmente por el Presidente de la República y encumbrados personajes de la Administración pública, por lo general inaccesible a los extranjeros que no vengan constituidos en dignidad.

Bueno es aquí dejar constancia que la cita dada en Santiago dos meses atrás por el Embajador de los Estados Unidos, Sr. Collier, para que estuviéramos en el Raquet Club de Wáshington el día 2 de Junio, se había así cumplido al pie de la letra, apesar de los 15,000 kilómetros que separan ambas capitales.

Nuestra primera visita fué dedicada al Secretario de Estado, Honorable Charles E. Hughes, que nos recibió en su palacio con característica y proverbial amabilidad.

Mr. Hughes, con su figura alta, imponente y aristocrática, cautiva desde el primer momento, admirándosele en su correcto vestir y en su marcial apostura. Cuando habla, mira a los ojos de sus oyentes con rara detención, como interrogándoles si sus palabras concuerdan con el sentir y desear de quienes le escuchan, y salpicando los encantos de su dicción, con una sonrisa de benevolencia y afecto no comunes.

De ahí el agrado e impresión que dejan sus discursos y el esfuerzo que uno hace por retener en el cerebro las características de su aristocrático rostro y el buen decir de sus expresiones.

—«Vuestra visita a este país, nos dijo, tiene alta significación, no sólo por la importancia de los problemas que vais a tratar, sino también porque ella es la indicación de una de las fases que tienen más relieve en el desenvolvimiento pan-americano. Es una circunstancia feliz que todas las cuestiones que hasta el presente han sido un obstáculo al desarrollo de más estrechas relaciones de amistad entre las naciones de América, se estén gradualmente resolviendo por el procedimiento metódico de Conferencias, Compromisos y Arbitrajes. Con la solución de esas cuestiones, estamos entrando en una nueva fase de las relaciones en el Continente americano.

«No se trata ya simplemente de eliminar todas las materias que podrían dar lugar a diferencias, sino de desarrollar una política positiva, mediante la cuál los mejores pensamientos y las experiencias de cada Nación americana sean puestos a la disposición de todas. Tal es el verdadero espíritu del *pan-americanismo-constructivo*, que está destinado a dar al mundo un nuevo y más alto ideal de relaciones internacionales».

«—El perfeccionamiento de los medios de comunicación, agregó, es una cuestión que está más íntimamente relacionada con el desenvolvimiento democrático de lo que ordinario se piensa. El perfeccionamiento de las comunicaciones implica la eliminación del regionalismo y contribuye en no pequeña medida al desarrollo de una inteligente opinión pública.

«Los problemas a los cuales consagrais vuestro estudio tienen, además de su significación nacional, una importancia internacional. La construcción de caminos engrandece el mercado para vuestros productos y esta multiplicación estimula a su vez la producción y da por resultado un adelanto económico general. Este estímulo a la producción es una materia en la cual los Estados Unidos tienen profundo interés, desde luego, nosotros somos vuestros clientes, en una considerable proporción, de vuestros productos agrícolas y mineros.

Hizo después leve pausa y, tras un afectuoso recuerdo de la Quinta Con-

ferencia Pan-Americana, como la creadora de Conferencias y Congresos sobre múltiples problemas de índole económica, social y cultural que empiezan ya a dar sus frutos, terminó con algunas frases muy sentidas y oportunas sobre la confraternidad continental, que seguramente involucran la esencia de la política de acercamiento americano, que en forma tan efectiva ha sabido practicar como dirigente de las relaciones exteriores de su país.

«—Estoy seguro de que por el intercambio de ideas y del resultado de vuestras experiencias y de vuestros estudios en el viaje por los Estados Unidos, nos dijo con tal motivo, llegaréis a *Conclusiones* que serán de provecho para este país y, como lo espero, también para los vuestros. Estáis prestando un gran servicio pan-americano y os doy la seguridad de una entusiasta cooperación por parte del Gobierno y pueblo de los Estados Unidos.

Siguieron algunos minutos de amena charla y, en seguida, nos trasladamos en grupo a la *Casa Blanca*, imponente construcción ubicada en la Avenida Pennsylvania y que desde hace 125 años, desde los tiempos ya remotos del Presidente Adams, sirve de mansión oficial al primer Mandatario de la Nación.

Mr. Coolidge nos recibió con igual amabilidad.

Vestía de traje claro, con mucha sencillez y sin otro adorno externo que un pequeño *boutonnier* o condecoración, que llevaba en el ojal alto de su correcta americana. Su rostro lampiño, y rojizo y cruzado ya por prematuras arrugas, revela un carácter seco y enérgico y que hasta parecía cansado y deseoso de tranquilidad.

Es indudable que él no ha nacido para las luchas apasionadas de la política ni para sonreír a las multitudes, pues al hablar se nota esfuerzo para manifestar opiniones y fundar plataformas, contrariando así las tradiciones romancescas dejadas por los Roosevelt y Wilson, que se gloriaban y complacían en el dictado de frases doctorales. El actual Presidente habla con pausa y desgano y quizás deseoso de terminar luego, para volver a sus quehaceres de Gabinete.

«—Siento una sincera complacencia en daros una cordial bienvenida en nombre del Gobierno de los Estados Unidos, nos dijo al iniciar su discurso. El viaje de observación que vais a emprender y los estudios que vais a hacer tienen una positiva importancia para todas las Repúblicas del Continente americano.

«Con más claridad que nunca, agregó después, vemos hoy en el progreso de los medios de comunicaciones, no sólo una de las grandes fuerzas que contribuyen al adelanto económico y al perfeccionamiento en cultura, sino que también uno de los factores fundamentales del desarrollo de la unidad pan-americana.

«En ninguna época de nuestra historia, las relaciones formales entre los Gobiernos de las Repúblicas americanas han estado a un nivel más elevado que al presente; pero todavía resta mucho por hacer para desarrollar más estrechas relaciones entre las Repúblicas del Continente americano y para alcanzar una mayor comprensión de los puntos de vista y de los ideales nacionales.

«Es, pues, un pensamiento feliz el de reunir eminentes ciudadanos de las naciones de la América con el fin de cambiar ideas y de aprovecharse de las experiencias de los otros en la solución de las grandes cuestiones de común interés. Nuestros problemas son, en muchos respectos, semejantes a los vuestros, de ahí que deseamos aprovechar de vuestras experiencias y espero que vosotros os aprovecharéis de la nuestra.

«Al recorrer este país, agregó, podéis estar seguros de encontrar que los sentimientos de amistad por vuestras respectivas patrias se extienden más allá de los confines de la capital de la Nación. El pueblo entero de este país está inspirado en un sentimiento profundo de fraternidad hacia las naciones hermanas de este Continente. Cuando regreseis, pues, a vuestros respectivos países, espero que vosotros llevaréis este cordial Mensaje de sentimiento de fraternales afectos, que son la más segura garantía de la paz y de la prosperidad del Continente americano».

Siguieron a este conceptuoso discurso algunos minutos de amena charla y en seguida, se nos condujo en grupo, amablemente guiados por el Dr. Rowe, a los interiores de la Casa Blanca y recorrimos así toda la histórica morada de los Presidentes de los Estados Unidos, que impresiona por su severa ornamentación. En esta forma, se nos dió a conocer la Sala Azul, la Sala Verde, la Sala Roja, etc., todas ellas impregnadas de buen gusto.

Las grandes lámparas de cristales que pendían de los techos, los múltiples retratos y bustos de ex-Presidentes que adornaban los aposentos, los cuidados y singulares muebles que se esparcían en estudiado desorden y los variados bibelots diseminados por los ángulos, constituían recuerdos vivos de un pasado glorioso, cuando nó, obsequios regios de príncipes y testas coronadas que ya no existen...

Jarrones de la India, biombos del Japón, tallados de la China, sevres de la Francia, frescos de la Italia, todo era ahí suntuoso y correcto.

Desfilamos así, paso a paso, admirando, a través de las ventanas abiertas, el incomparable Parque lateral y oyendo con creciente atención las ceremoniosas y estudiadas frases del cicerone, que se sabía de memoria todas las particularidades y orígenes del contenido del suntuoso edificio.

¡Qué de maravillas y suntuosidades!

Nos habríamos detenido en esta inspección todo un día; pero nos llamaba otra ceremonia, de excepcional interés para nosotros: Ir al palacio de la Unión Pan-Americana, donado hace años por la munificente obsequiosidad de Mr. Carnegie y plantar en su hermoso Parque un árbol que hiciera perdurar nuestra visita y simbolizara los ideales de confraternidad con que la iniciábamos.

Y allá nos dirigimos, para ser esta vez recibidos por todo el Cuerpo Diplomático residente en Wáshington, encabezado por el propio Secretario de Estado Mr. Hughes, que quizo honrar una vez más nuestra misión echando sobre las raíces vacilantes del *árbol de los buenos-caminos* la primera palada de la tierra vivificante.

Como coronación de esa mañana inolvidable y para nosotros histórica, se siguió un suntuoso lunch, en el cual Mr. Rowe, con su proverbial gentileza y buen

decir, hizo caluroso elogio de nuestro cometido y expresó la honda fe que albergaba por nuestros éxitos.

«—La misión que se os ha confiado, nos dijo, es de grande importancia para todo el Continente. Habéis visto, y nosotros también, la trascendental influencia de mejores medios de comunicación, no sólo sobre el progreso económico, sino también sobre el progreso moral y el adelanto en cultura. El perfeccionamiento de las vías de comunicación contribuye no sólo a la multiplicación de la riqueza nacional, sino también al desarrollo de su bienestar. La eliminación de los prejuicios regionales y de las divisiones locales ha sido uno de los resultados del perfeccionamiento de las vías de comunicación, que ha dado solidaridad a la unidad nacional.

«Desde un alto punto de vista, el trabajo que emprendéis contribuirá a aumentar la armonía internacional. El mejoramiento de los caminos no es sino uno de los eslabones de la gran cadena de comunicaciones internacionales, que es un factor tan importante para eliminar las dificultades entre los pueblos. El trabajo que vais a realizar tiene, pues, importancia pan-americana».

Las últimas frases de tan hermoso discurso fueron saludadas por una ovación, que bien se merecía el popular y activo Director de la Unión.

Casi alto, delgado; con su cuerpo muy erguido y singularmente movedizo, el Dr. Rowe habla con correcta dicción española y señalada facilidad de expresión. Su voz es oída en los Estados Unidos con profundo respeto y afecto, ya que a todos asiste la convicción de que él posee aptitudes especiales para el puesto que desempeña, donde desarrolla un programa fecundo de acercamiento pan-americano; intensa labor que puede ejecutar él mejor que otros, por conocer *de-visu* y casi en detalles, todas las Repúblicas del Continente.

Horas después nos condujo Mr. Rowe a su sala de trabajo particular y ahí nos fué grato ver, adornando los estantes y paredes, múltiples retratos y autógrafos de los principales pro-hombres de la América y Diplomas que lo acreditaban como Miembro Honorario de innumerables Instituciones de la más variada índole: universitarias las unas, literarias las otras y hasta de sport, etc., que muestran el aprecio continental que se tiene por sus actividades.

Para completar el día, hicimos aún dos visitas de importancia:

Una al Secretario del Interior, Honorable Hubert Work y otra al Secretario de Comercio, Honorable Herbert Hoover, quienes nos recibieron con igual amabilidad y analizaron, en sendos discursos, los altos significados de la misión de progreso que nos traía a los Estados Unidos.

Mr. Work es persona muy locuaz y amable; pero al hablar, no escruta ni mira a los ojos de sus oyentes, como Mr. Hughes, sino que habla y habla sin acción, ni modulación, moviendo a compás la cabeza, de uno a otro lado, como péndulo de un acompasado reloj y conservando prisioneras sus manos en los bolsillos del pantalón.

En cambio, Mr. Hoover es más insinuante, sin tener las características y atracciones de un orador. Se le escucha y observa con singular atención y afecto, recordando las páginas excepcionalmente brillantes que adornan su laboriosa vida.

Como se recordará, hasta antes de la guerra europea, el Sr. Hoover no pasaba de ser un afortunado ingeniero, que ganaba mucho dinero como administrador de Empresas Industriales; pero, cuando su país tomó parte en ella, el Presidente Wilson, apreciador de sus actividades, lo puso al frente del aprovisionamiento del Ejército y con posterioridad a la firma del armisticio, dedicó todo su elevado altruismo a salvar del hambre a los niños condenados a perecer. De ahí que millones de madres alemanas y rusas eleven a diario hasta el cielo, sus preces de reconocimiento y gratitud, denominándole el salvador de sus hijos.

Como término de ese día tan movido y pródigo de atenciones, asistimos en la noche a una función de gala que se dió en nuestro honor en el Keith Theatre, que estaba repleto de una lucida concurrencia y que nos ovacionó afectuosamente al ocupar los palcos que se nos habían destinado.

La amplia y hermosa Sala estaba adornada con las banderas de todas las Naciones ahí representadas y en ella escuchamos con no disimulada emoción los Himnos de nuestras lejanas patrias...

A media noche, regresamos a nuestro Club, donde me aguardaba una sorpresa de alta significación personal: Una hermosa fotografía del Presidente Coolidge, con afectuoso autógrafo.

Éstas han sido las variadas atenciones que se nos han dispensado en el primer día de estada en Wáshington. Su sinceridad constituye una prueba elocuente del terreno firme que viene ganando el pan-americanismo y el deseo creciente de vinculaciones que domina hoy entre los pueblos y personalidades que forman el mundo de Colón.

• • •

El programa del día siguiente era de índole diversa; pero no de menor interés para nosotros.

En las primeras horas de la mañana, se nos condujo a *Monnt Vernon*, la histórica mansión que habitó el gran Wáshington en los últimos cuarenta años de su ejemplar y fecunda vida.

Situada en un pintoresco rincón del Potomac, lejos de la capital que hoy lleva su glorioso nombre, se contempla tranquila y virginal entre cuidados jardines y extensos parques.

Su aspecto interno es de absoluta modestia, pero imponente por los recuerdos que encierra.

Al frente, ocho altos pilares forman un corredor y sustentan una azotea espaciosa; a los costados rompen la uniformidad, dos asoleados *Cow-Windows*, que también coronan dos altos miradores.

Dentro de esta mansión, cuidada como un tesoro, se distribuyen una serie de piezas, el music room, el west parlor, la biblioteca, el comedor de familia, la sala de lady Martha, el banquet hall, etc., etc., que parecen aun habitadas. Tal es el cuidado con que se las conserva.

Y así se llega a la imponente sala donde se exhibe la blanca cama, coronada

de cortinas, donde expiró el gran Presidente, en 1779, y los sencillos muebles que la adornan. El *cicerone* baja entonces la voz, con respetuosa unción y los visitantes caminábamos casi en puntillas, como temerosos de auyentar o profanar algún recuerdo sacrosanto del hogar...

¡Qué preciosidades y reliquias engalanan esta mansión, que encierra algo así como el bautismo de gloria de esta gran Nación!

Nos encaminamos enseguida a la tumba del gran Presidente, donde también se guardan los restos de la inseparable compañera de su vida, de Lady Martha, para lo cual hay que franquear una puerta de reja, sombreada por un arco de tupidas yedras, por entre las cuales apenas si se divisaba una plancha de mármol blanco con esta sencilla inscripción.

•WHITHIN THIS INCLOUSURE REST THE REMAINS OF GENERAL GEDRGE WAS-
HINGTON•

Nada más.

Coronando el sarcófago que se ostenta en una amplia sala, pueden leerse aún otras leyendas, versículos bíblicos quizás; pero que respiran serena paz y suprema humildad:

Hoy la resurrección y la vida,
El que creyere en mi será eterno.

Atristado casi el espíritu ante la majestad de estos recuerdos gloriosos y fúnebres, regresamos a la ciudad, al Chevy Chass Club, a fin de asistir a un suntuoso banquete que nos ofrecía galantemente Mr. Roy D. Chappin, Presidente de la Cámara Nacional de Automóviles, donde hubo prodigalidad de discursos, entre los cuales seguramente sobresalió el pronunciado por el Secretario de Agricultura Hon. Henry C. Wallace, de cuyo Ministerio depende la construcción y conservación de las carreteras nacionales.

Después de recorrer y admirar las extensas y verdes praderas de este aristocrático Club, donde se juegan casi a diario famosas y muy comentadas partidas de golf, nos trasladamos al Potomac Park que recorrimos en todas direcciones en veloces automóviles, deteniéndonos en alguno de sus variados monumentos.

Ahí está, entre otros, el Memorial Lincoln, hermoso templo de puro estilo griego y rodeado de gruesas columnas de mármol blanco y que se ha colocado sobre un alto cimiento o gradería, a objeto de honrar una de las figuras históricas más veneradas en los Estados Unidos.

Al centro de un imponente hall del Memorial se vé la figura patriarcal del ex-Presidente, simbolizada en una estatua gigantesca, donde puede contemplarse al creador de la Unión y emancipador de los esclavos, sentado en una alta poltrona, con ambos brazos sobre sus apoyos y mirando fijamente al porvenir, que se refleja dulcemente en un extenso lago rectangular que hay al frente y cuyas aguas surcan blancos cisnes.

En las paredes de éste hall se ha grabado una serie de inscripciones, entre las cuales, figuran largos trozos de sus más importantes discursos y Mensajes al Congreso, pero ninguno más hermoso y simple que la del frontis, tras del Monumento y que a la letra dice:

IN THIS TEMPLE AS IN THE HEARTS OF THE PEOPLE; FOR WHOM HE SAVED THE UNION, THE MEMORY OF ABRAHAM LINCOLN IS ENSHREINED FOR EVER

Y ésta es la verdad.

La memoria de Lincoln, no sólo vive en ese templo, sino que está eternamente grabado en el corazón del pueblo, que sabe que a él debe la unidad nacional y la grandeza de sus instituciones republicanas.

* * *

Y así seguimos, de parque en parque, de avenida en avenida, visitando, aunque fuera de prisa, geniales construcciones; el Museo Nacional, el Capitolio, la Biblioteca del Congreso, el Monumento a Wáshington, el edificio del Tesoro, etc., que encierran preciosidades y maravillas de arte infinitas, hasta llegar, entrada ya la tarde, a la *Estación Experimental de Arlington*, y al *Bureau of Standards*, que significaban para nosotros, algo así como el comienzo, la inauguración de la tarea inspeccional y educativa sobre caminos, que nos había traído a los Estados Unidos.

En la primera se efectúan toda clase de experimentaciones sobre la construcción y conservación de las carreteras y puntos, analizándose los defectos del tránsito, para lo cual se cuenta con una infinidad de curiosos y sencillos aparatos: contadores automovilísticos, acelerómetros, medidores de fuerza, profilómetros, máquinas de impactos, inscriptores de presión, etc., y en el segundo, se controlan los pesos y medidas y se experimenta, en laboratorios dinamométricos curiosísimos, todo lo que pueda ser útil al público y a los industriales.

Para que se aprecie la trascendencia de estas creaciones *sui-géneris* podríamos citar el caso de señaladas experiencias que han conducido a resultados maravillosos, como las efectuadas en el estudio de los contactos en los frenos de automóviles, que condujeron a innovaciones que en la práctica se han traducido en ahorros inmensos, estimados en una suma no inferior a diez millones de dólares al año... de los cuales usufructúan los dueños o traficantes de automóviles.

Como organismo complementario de ambas Instituciones, podríamos citar la *Junta Ejecutiva de Caminos*, que se dedica especialmente a la enseñanza y popularización de los mejores y más expeditos medios y métodos constructivos de los *highwar's*, la que presidida por Mr. John J. Tigert, que es algo así como un Ministro permanente de Instrucción Pública, es virtualmente administrada por el reputado ingeniero Mr. Thomas H. Mac-Donald, Jefe de la Oficina de Caminos Públicos, que funciona permanente en Wáshington como dependencia del Departamento de Agricultura.

El señor Tigert es una persona joven, alto, sensiblemente delgado y de físico muy atrayente. De gran corrección en el vestir, de charla muy amena y jovial, tiene reputación de gran orador; pero, a nuestro juicio, se exajera, porque su voz nasal y sin modulaciones le perjudica considerablemente, a lo que se agrega una extraordinaria locuacidad, por lo general difusa. Cuando sube a la tribuna, habla hasta el punto que estamos ciertos que le cuesta más concluir que iniciar sus discursos, que se complace en salpicar de anécdotas graciosas y oportunas, a juzgar por el hecho de mantener a su público en constante hilaridad.

El señor Mac-Donald, por lo contrario, es persona que es necesario tratar algún tiempo para bien comprenderla. Bajo y grueso, moreno y casi terco, de fisonomía; tiene, como decimos en Chile, *cara de pocos amigos*; pero después de conocerlo en la intimidad, se torna amable, atrayente y hasta jocoso, sobre todo cuando lucía sus primeros ensayos de español.

Como cooperadores de estas distinguidas y atrayentes personalidades, muy conocidas y populares en los Estados Unidos, figurarán en nuestra jira *educacional de caminos* muchos otros altos funcionarios públicos que recientemente hemos conocido; como ser, los señores J. T. Henry, Director de la Junta Educativa de Caminos; Philips Smith, editor de la revista *Ingeniería Internacional*; Mr. Althoff y Mr. O'toole, del Departamento de Comercio, etc., a los cuales podríamos agregar el Dr. John D. Long, que habíamos conocido en Santiago como médico de la Delegación norte-americana en la Quinta Conferencia Pan-americana, y al señor Guillermo A. Sherwell, que también figuró en esa Conferencia en el carácter de traductor oficial y que actualmente desempeña el alto cargo de Secretario de la Comisión Inter-americana de Finanzas.

A los anteriores, y como indispensables ad-láteres, debemos aun agregar diversos representantes de la prensa unida, fotógrafos, filmadores, etc., y hasta Delegados de Instituciones científicas de importancia, con los cuales llegó a sumar nuestra Comitiva un total de cerca de 150 personas, de buen humor, mejor comer y deseosas de aprovechar en la mejor forma el recorrido.

Casi agotados por tantas gentilezas y manifestaciones, llegamos en la tarde a nuestro alojamiento del Raquet Club; pero, aun nos quedaba una atención por recibir antes de tomar el tren que nos debía conducir al Estado de Carolina del Norte. Era un banquete con que deseaba despedirnos la prensa de la Capital, y que se realizó con todo esplendor y lujo de discursos, en uno de los Clubs locales.

A las 9.30 P. M. desde la propia sala del banquete, nos trasladamos a la grandiosa Estación Unida, y ahí nos despedimos de tantos y tan obsequiosos amigos, camino de otras ciudades, de otras amistades y, seguramente, de nuevas y mayores amabilidades.